

mundo cristiano

AÑO IX • NUM. 103
AGOSTO 1971 • 15 PTS.



EL ABORTO

**LA
AVARICIA**
escribe: JOSE PLA
humor: CHUMY-
CHUMEZ

**DIVORCIO
Y VOCACION
MATRIMONIAL**



**LA REINA MAS
GUAPA**
2.º CAPITULO



MACETAS ESTUCADAS

URALITA

calidad
belleza
y duración

RED DE DISTRIBUIDORES EN TODA ESPAÑA



Victoria Eugenia de Battenberg

LA REINA MAS GUAPA DE EUROPA

II. EL REY SE CASA

En las Cortes europeas se espera la comunicación oficial de la fecha en que va a celebrarse la boda del Rey de España. Los periódicos publican la fotografía de la princesa Victoria Eugenia de Battenberg y las revistas ilustradas exhuman sus retratos de niña, con un libro en la mano, sentada en la mesa con su abuela.

LA REINA MAS GUAPA DE EUROPA

POR fin, al regreso de Londres, don Alfonso telegrafía a su prometida: la boda se celebrará el 31 de mayo, con objeto de que los príncipes de Gales puedan asistir después de la coronación del Rey de Noruega.

Madrid es algo así como una capital de provincia grande, con hoteles insuficientes para un acontecimiento excepcional. Por esta razón, los príncipes extranjeros que llegan para la boda del Rey tienen que ser alojados en gran parte en las residencias particulares de los Grandes.

El archiduque Francisco Fernando de Austria es instalado en el palacio de Denia; el príncipe Jorge de Suecia, en la Legación de su país; los duques de Teck, en el palacio de Liria; los príncipes de Baviera, en el hotel de la infanta Isabel; los príncipes de Gales y el príncipe Andrés de Grecia, en el palacio real; la princesa Federica de Hannover, en la residencia del marqués de Viana; los príncipes Luis Felipe de Portugal, Alberto de Bélgica, el heredero de Mónaco y el gran duque Wladimiro, en casa de la duquesa viuda de Bailén, de la duquesa de Fernán Núñez, de la marquesa de Denia y en el hotel de don Tiburcio Castañeda.

La organización es admirable, aunque las principales familias no han descansado desde hace varios meses con los preparativos.

En el palacio de El Pardo todo está dispuesto para recibir a la princesa y a sus acompañantes, si bien es verdad que don Alfonso ha inspeccionado personalmente las obras de reforma, día tras día. El criterio del monarca aconsejó cambiar muy poco el mobiliario, incorporar alfombras blancas y adornar con flores los salones. En el dormitorio de la princesa se ha instalado la cama de caoba que fue de la Reina Mercedes, y la gran obra ha consistido en instalar un cuarto de baño con las paredes cubiertas de azulejo blanco.

EL día 25 de mayo, el Rey llega a Irún para recibir a la princesa Ena y a sus acompañantes. Está el monarca visiblemente nervioso y no lo oculta, pues mientras lee los telegramas de su novia, que le entrega Moret, dice que ha dormido muy poco durante el viaje y que gran

parte de la noche se la pasó fumando.

—Me acosté a las doce —confiesa don Alfonso—, pero tuve que levantarme a las tres. Era imposible descansar, ya que debía recibir a las autoridades en las estaciones de tránsito.

El tren en que viajaban las princesas llega a media tarde a Hendaya. Allí esperan el embajador de Inglaterra, el prefecto de Pau, que cumplimenta a las augustas señoras en nombre del Gobierno francés y les ofrece ramos de flores.

Al revisar estas páginas ante la Reina Victoria Eugenia en su residencia de Lausanne, la pregunto si lo recordaba con detalle.

—Sí, ya lo creo. El Rey fue a mi encuentro en Irún. En Alsasua, Vitoria, Bilbao, Burgos, Valladolid, la multitud se congregaba en las estaciones de ferrocarril, con flores y ovacionándonos. ¡Cómo no he de acordarme! ¡Ya lo creo!... Fue un día muy largo, porque cuando llegamos a El Plantío serían casi las siete de la tarde y habíamos salido al amanecer. Y recuerdo mucho, también, el palacio de El Pardo, donde estuve desde aquel veinticinco de mayo hasta la mañana de mi boda.

Aquella tarde, los jardines de El Pardo, recién regados, eran un alivio para los viajeros. La princesa Victoria Eugenia lo comenta con don Alfonso cuando sale a saludar a la muchedumbre que ha sido autorizada a entrar en la explanada.

Después del refresco, que se sirve con los balcones abiertos, durante el cual se comenta la emoción del viaje, no hay mucho tiempo que perder. Por la noche se celebra la cena y hay que vestirse.

ASISTEN a la recepción, además de los augustos novios, la princesa Beatriz, los príncipes Alejandro y Luis de Battenberg; miss Minnie Cochrane, miss Bulteel, la dama de honor de la futura Reina; lady y lord William Cecil, el aquerrey de Su Alteza Real; la princesa Henry de Battenberg, honorable T. L. Colborne y, además, según uso de palacio, el comandante de Alabarderos, el jefe de parada.

El menú de esta primera comida de la princesa Victoria Eugenia en Madrid es el siguiente: «Sopa de arroz, croquetas fritas de ave, ensaimadas de hojaldre a la financière, "roastbeef" a la inglesa, es-

párragos de Aranjuez con salsa holandesa, pollo asado, ensalada de lechuga, bizcochos al kirsch, helado Johannisberg».

Madrid se llena de gente de toda España que quiere presenciar el paso del cortejo nupcial por las calles de la Corte. Eso hace que escaseen los alojamientos, tanto en la capital como en El Pardo. Se comenta que hoteles y posadas abusan de las circunstancias cobrando precios elevadísimos a cambio de un servicio muy deficiente.

El «trousseau» de la futura Reina sale fotografiado a doble página en «ABC» y es curiosa la definición de cada prenda: «Blusa en "guipur" iris, traje en "foulard" rosa, blusa "nion" en seda, traje "yachting", vestido en gasa de seda color verde Nilo, "coat" en "guipur" iris».

En el palacio de Kensington se habían expuesto los regalos de boda recibidos por la princesa Victoria Eugenia, y la prensa francesa aseguró que su valor alcanzaba la cifra de los veinte millones de francos.

Los regalos más importantes son de la familia real inglesa; llama la atención de los informadores uno muy valioso del compositor italiano Tosti.

En Madrid no hay tiempo material para que estos regalos sean ex-

puestos, pero las señoras de la sociedad madrileña que reciben la prensa extranjera se pasan entre sí los periódicos para informarse y comentar detalladamente las notas que se publican.

—Los príncipes de Gales han regalado a la princesa Victoria Eugenia un aderezo de brillantes.

—Ya lo he leído. Y los Reyes de Inglaterra, un aderezo de brillantes y turquesas «carbochons», de cuyo collar cuelgan, al parecer, magníficos diamantes en forma de pera y una turquesa magnífica.

—¿Y no figura ningún regalo de su madrina, la Emperatriz Eugenia?

—Sí, no podía faltar. Consiste en alas de Mercurio, en brillantes, para adorno del pelo. Y su madre, la princesa Beatriz, entre otros regalos, le ha ofrecido una concha en cuyo centro lleva una gran perla rosa. También los príncipes de Battenberg la han regalado una pulsera de brillantes.

LOS duques de Sajonia-Coburgo-Gotha, el gran duque Cirilo de Rusia, los príncipes de Hohenlohe, lord Glenesk, lady Hamilton, el marqués de Londonderry, lord y lady Stephen han enviado joyas magníficas a la prometida del monarca español.



La Reina Victoria dando azúcar a una yegua inglesa de su propiedad.

En Madrid se habla también del vestido de novia de la futura Reina de España, que le regala don Alfonso, siguiendo la costumbre española. Se confecciona en Madrid por la modista Herce, auxiliada por treinta hábiles operarias. Es en raso blanco, bordado en plata, con adornos de ricos encajes.

—¿Qué dice la prensa francesa? —pregunta una señora conocida a su amiga, al salir de la iglesia de San Ginés.

—No hace falta leer la prensa francesa. «ABC» de ayer dice que el traje de novia ha costado ochenta mil francos. La princesa Victoria Eugenia tiene el propósito de re-

galárselo a la Virgen de la Paloma. Y comenta «ABC» que al saberlo el Padre Santo, exclamó con los ojos llenos de lágrimas: «¡Estos son los triunfos de nuestra divina fe!».

—¿Qué impresión le produjo Madrid a Vuestra Majestad? —preguntamos a la Reina Victoria Eugenia.

—¿Quieres que te diga la verdad? Hay que pensar que Madrid era muy pequeño. Había un hotel, el hotel de París, con tiendas debajo y que estaba en la calle de Alcalá, esquina a la Puerta del Sol. Allí vivían los periodistas extranjeros que habían ido para hacer la crónica de nuestra boda. A este hotel lo llamaban «la fonda». Recuerdo que todas

las personas que no se podían alojar en palacio, tenían que ir a las distintas casas de los Grandes, porque no había hoteles. Ese era el único. Así es que Madrid, comparado con Londres, magnífico en aquella época, a mí me parecía pequeño. No me refiero a palacio, que era estupendo. ¡La Casa de Campo, El Pardo...! Todo eso era ideal, pero la población de Madrid me hacía el efecto de ser muy pequeña.

HABLO mucho con la Reina del palacio real, que recuerda con todo género de detalles.

—En aquella época de principio de siglo, ¿no era palacio demasiado frío para vivir?

—La Reina Cristina había puesto calefacción. Cuando ella se casó estaba toda la galería que va alrededor del patio con los ventanales abiertos. Entonces lo primero que hizo su regencia fue poner cristalerías. Ella me contaba que la noche antes de nacer el Rey hubo una granizada tremenda y las ventanas que había mandado poner se quedaron sin un solo cristal. Con todos aquellos ventanales abiertos, me imagino el frío de palacio. ¡Uf!...

La princesa Victoria Eugenia muestra al Rey su deseo de no aparecer en público hasta después de la visita que quiere hacer a El Escorial para depositar coronas sobre las tumbas de don Alfonso XII y de la princesa de Asturias. Este deseo se realiza el día 18 de mayo.

Por la tarde se celebra una excursión a El Pardo en la que toman parte 128 automóviles, todos ellos artísticamente engalanados, y en cuya excursión participan personalmente el Rey y la familia real.

El automóvil es todavía una novedad, un viaje a El Pardo puede tener su emoción y hasta su riesgo, por lo cual los largos preparativos realizados por la junta organizadora desde un mes antes han tenido un gran eco en la prensa española.

La víspera de la boda corrió por Madrid el rumor de que se preparaba un atentado contra la vida del Rey. No pudo saberse de dónde partía, pero llegó pronto a oídos del propio presidente del Consejo. Este, consternado, celebró una conferencia con el ministro de la Gobernación en la que acordaron que Moret,

en funciones de policía, se encargaría de la custodia de la princesa, y el conde de Romanones, de la del Rey.

Moret estaba muy inquieto aquella noche y dio cuenta a Su Majestad de los temores que tenía el Gobierno de que se cometiera el atentado. La noticia impresionó a don Alfonso.

—Si el atentado se comete —dijo—, será realizado en la iglesia de los Jerónimos.

CON este motivo se toman aún más precauciones y durante la noche duermen en el interior del templo varios agentes de la Policía Secreta. Antes de ser cerradas las puertas del templo revisan una a una las quince tribunas para invitados y mandan encender las dos mil quinientas lámparas, que representan aproximadamente veinte mil bujías, para recorrer la iglesia minuciosamente, mirando hasta por los rincones más inverosímiles.

El conde de Romanones, ministro de la Gobernación, escribe en sus Memorias: «Acudió a Madrid el personal más experto de las Policías francesa, alemana, inglesa e italiana. La sección de Orden Público del Ministerio, confiada al veterano don Emilio Moreno, trabajaba sin descanso; se ponían en manos de los agentes de vigilancia, especialmente de Barcelona, de Madrid y la frontera, las fotografías de los más conocidos anarquistas. Los jefes de la Policía extranjera enfocaban principalmente su atención sobre los cómplices y autores del atentado en mil novecientos cinco contra el Rey, en París».

—La mañana de mi boda, treinta y uno de mayo de mil novecientos seis, amaneció un día espléndido —nos dice la Reina Victoria Eugenia en Lausanne.

Los madrileños han madrugado mucho, así como los forasteros llegados de todos los puntos del mapa de España en diferentes trenes, diligencias y coches de caballos.

A las seis de la mañana, Madrid registra una animación sorprendente, como si fueran las doce del día. La Puerta del Sol, Carrera de San Jerónimo, Alcalá, Mayor, Carretas, Montera, Arenal, Preciados y, en una palabra, todas las calles que comprenden el itinerario por el que pasará la regia comitiva están ma-

terialmente invadidas de gente que aguarda a pie firme hora tras hora.

A las seis y media de la mañana pasan los mangueros para realizar la limpieza municipal de cada día, y la gente que ocupa los bancos públicos, lejos de abandonar su asiento de privilegio, se pone de pie en ellos para librarse del chapuzón.

Los barrenderos extienden arena por algunas calles asfaltadas, mientras los comerciantes colocan verjas de seguridad delante de sus escaparates y vitrinas en precaución de que el público, que se agolpa en las aceras, pueda romper las lunas.

Los guardias de Orden Público acuden a las Delegaciones a recibir órdenes para encauzar y contener a la multitud.

Los círculos, casinos, cafés y algunos comercios tienen ocupados sus balcones y ventanas desde primeras horas de la madrugada.

Las calles de Madrid están engalanadas con banderas, guirnaldas y arcos de triunfo; ventanas y balcones aparecen también adornados con colgaduras, entre las que destacan los colores nacionales y grandes retratos de los Reyes.

A las ocho y media, aproximadamente, la princesa Ena y don Alfonso, acompañados por la princesa Beatriz, toman el camino de Madrid en automóvil, que lleva las cortinillas echadas.

—Luego, al llegar a Madrid —añade doña Victoria—, dejé al Rey en la puerta incógnita y yo marché al antiguo Ministerio de Marina, donde fui a vestirme para ir a la iglesia.

Una caravana de diez automóviles devuelve a palacio la servidumbre que se había trasladado a El Pardo una semana antes. Dos de esos coches se desvían hacia el viejo palacio del Ministerio de Marina y de ellos se bajan dos doncellas de la princesa Victoria, portadoras de tres grandes cajas que contienen las ropas y adornos de la novia.

Las doncellas son acompañadas a las habitaciones destinadas a vestidor, de las cuales no vuelven a salir en toda la mañana.

EN la pequeña sala de ayudantes del Ministerio de Marina, alumnos de la Escuela Naval dan guardia de honor; en los tramos de la escalera principal, aspirantes de Marina; en el zaguán de la izquier-

LA REINA MAS GUAPA DE EUROPA

da, la columna de marinos de la Escuela Naval; en la derecha, la columna de Infantería de Marina.

El jefe local del edificio, don Jaime Montaner, recibe a las personalidades.

La princesa llega al Ministerio en el automóvil azul, con las cortinillas echadas, el mismo en que salió de El Pardo en compañía del Rey. No trae escolta y únicamente avisan su llegada las cornetas de las fuerzas que cubren la carrera.

El Grande de España de servicio con la princesa es el duque de Lécera, que ocupa un asiento al lado del «chauffeur». Este, sin disminuir la marcha, gana las curvas y entra en el Ministerio, al que el ingenio popular llama «palacio tocador», sin duda por recordar que también se había vestido allí la Reina María Cristina cuando vino a Madrid a casarse con don Alfonso XII.

Dentro del zaguán del Ministerio, al pie de la escalera principal, se bajan del automóvil la princesa Victoria Eugenia y su madre. Poco después, en otro automóvil, llegan los tres hermanos de la princesa; uno, vestido de alumno de la Marina inglesa, y los otros dos, con trajes escoceses.

Una orden terminante prohíbe entrar en el Ministerio a gran parte de los caballeros que seguramente han hecho valer su influencia.

Únicamente se permite el acceso a las señoras, a los oficiales y generales de Marina. Por esta razón, la Comisión del Instituto Agrícola Catalán de San Isidro, que a las nueve de la mañana se presenta en el Ministerio, encuentra gran resistencia, hasta que declaran, por fin, el objeto de su visita.

Esta simpática comisión lleva a la Reina un magnífico ramo de azahar y un pañuelo de encaje finísimo, confeccionado por las obreras de Arenys de Mar.

El ramo de azahar será el que la Reina lleve a la iglesia de San Jerónimo.

Romanones, al salir de palacio, va al Ministerio de Marina para ofrecer sus respetos a la que pocas horas después será la Reina de España.



Sus Majestades los Reyes de España don Alfonso y doña Victoria.

LA REINA MAS GUAPA DE EUROPA

PREGUNTAMOS a la Reina Victoria si el manto que lució en su boda había pertenecido a Isabel II.

—Sí, era blanco todo, con encaje. Muy rico, pero blanco, blanco. Como el de todas las novias. Solamente que el mío era enorme, larguísimo. Entonces hubo que alargarlo, porque la Reina Isabel era pequeña y, además, lo habían mandado hacer para lucir desde la cintura. La Reina Cristina quiso que el mío partiese desde debajo de los brazos, dejando éstos al aire. Claro, de esta manera hacía la figura más esbelta, pero el arreglo me costó muchísimo dinero. ¡Ya lo creo!

—¿Y recuerda Vuestra Majestad las joyas que lució el día de la boda?

—Sí, perfectamente. Llevaba un hilo de brillantes que era de Riviere, a quien el Rey se lo había encargado a París; una diadema, que está en el cuadro que me pintó Lászlo, con las tres flores de lis, y que hemos visto en el salón de al lado. Y un broche que tenía la «Peregriña», la perla que Felipe II com-

pró para Isabel de Valois y que varias Reinas de España han tenido después. Vamos, todas las Reinas sucesivas. Pintadas hay varias en cuyo retrato figura esta misma perla.

EL altar mayor está adornado profusamente con rosas blancas; palmas y caunas cubren los rincones del presbiterio. El trono de los Reyes está fuera, a la derecha. Se ha llevado de palacio: es el que se usa en los actos de la capilla; en el centro del dosel tiene bordado el escudo de España.

Los diputados a Cortes, presididos por Canalejas, pasan sillas a la tribuna contigua para que puedan tomar asiento las señoras de los diplomáticos.

En otra tribuna, caballeros del Toisón y embajadores. Un solo capitán general: Primo de Rivera.

«Es maravilloso que esta tribuna no se hunda —apunta un cronista—, si no al peso mortal que sostiene, al peso de los años; hay en

ella personajes, como Beránger, Vega Armijo y otros veteranos, cuyas edades juntas suman siglos».

A las diez de la mañana, la iglesia de San Jerónimo está llena; encendida toda su rica iluminación. Los cardenales, situados a la derecha, dan una nota roja; los obispos y capellanes de honor, situados a la izquierda, dan otra nota morada.

Los Grandes de España, que visten variados y ricos uniformes, forman en los bancos debajo de las tribunas, dando guardia de honor en el pasillo central, por el cual va a desfilar la comitiva regia.

A las diez y media salen del templo los capellanes con el palio; marchan tras ellos los obispos de Madrid y de Sión, con objeto de aguardar al Rey a la puerta de San Jerónimo.

En este momento ocupan sus respectivos sillones, más acá de los ocupados por los príncipes herederos, la infanta doña Paz, con vestido verde claro y manto del mismo color; la infanta doña Eulalia, con traje blanco y manto carmesí; la infanta doña María Teresa, de rosa, y la infanta doña Isabel, de amarillo claro.

Entran los duques de Génova; la duquesa, con un magnífico traje en tisú de plata; les siguen los príncipes de Gales, deslumbradora la princesa con traje blanco con perlas, su manto color malva y corona también de perlas y pedrería.

Ocupan sus puestos correspondientes el archiduque Francisco Fernando, el príncipe de Portugal, el conde de Flandes, el gran duque Wladimiro, el príncipe Andrés de Grecia, el príncipe Luis Fernando de Baviera y el príncipe heredero de Mónaco.

Detrás hallanse el príncipe Jenaro de Borbón, con uniforme de oficial de Marina y la banda de Carlos III; su hermanos, don Raniero y don Felipe, alumnos de la Academia de Caballería.

VOLVAMOS atrás. A las nueve y media de la mañana se ha puesto en marcha la comitiva regia, saliendo por la puerta principal de palacio en la plaza de la Armería.

El Rey ocupa la carroza de la Corona; los príncipes de Gales,

una en forma de berlina, con seis magníficos caballos, adornados con plumas blancas y negras, distintivo de la casa de Battenberg.

Los madrileños señalan la carroza que ocupa el Rey, aplaudiendo al monarca, el infante don Carlos y el infantito don Alfonso, heredero de la corona, que va sentado en el testero, vestido de blanco.

Dan escolta a la carroza real, por la parte del estribo derecho, el capitán general y jefe de la Escolta Real marqués de Sotomayor; por la parte del estribo izquierdo, el jefe interino del Cuarto Militar, general Bascarán.

Delante marcha el primer caballero, señor Alvarez de Toledo, y el conde de Fuente Blanca.

Romanones, que ocupa un coche oficial con el secretario del Gobierno Civil, está a punto de provocar un pequeño incidente al pretender colocarse detrás de la carroza del Rey.

Una hora después, las cornetas anuncian la salida de palacio de la Reina madre con dirección al Ministerio de Marina. Las tropas presentan armas. El gentío que aguarda en las inmediaciones de palacio desde primeras horas de la mañana, sale corriendo hacia el centro de la plaza para aclamar más de cerca a la Reina María Cristina, pero los guardias de Orden Público se encargan de restablecer el orden.

Preceden a la carroza de la Reina madre otras dos: una ocupada por la dama de servicio y el Grande, marqués de Aguilar de Campoo; otra, con personal del séquito.

LA carroza de Amaranto va de respeto. Por fin aparece la que ocupa la Reina Cristina.

La muchedumbre saluda, vitorea y avanza hasta meterse casi debajo de los caballos de la escolta real, que rodean las carrozas de Su Majestad.

Cuando la comitiva de la Reina madre llega al Ministerio de Marina, doña Cristina sube a las habitaciones de la que va a ser su hija dentro de poco.

En la nave central de la iglesia de San Jerónimo hay un reloj; los números de su esfera se distinguen claramente desde cualquier ángulo del templo. Las personalidades que ocupan las tribunas miran con fre-



cuencia la hora que marca este reloj. Son las diez y cuarenta minutos cuando suena la Marcha Real y entra el Rey en el templo, bajo palio, seguido del infante don Carlos y del infante heredero.

Viste el Rey uniforme de capitán general de gala y cruza su pecho la banda de la Gran Cruz del Mérito Militar.

Al llegar ocupan uno de los sitios del trono, se arrodilla para orar un momento y luego se sienta. Saluda sonriente a varias de las personas que reconoce y mira el reloj.

«Los minutos pasaban —dice un testigo presencial—. La impa-

cia era visible en Su Majestad. Benalúa se acercaba al trono, llamado por el Rey, salía a la puerta, volvía al lado de don Alfonso y nuevamente Su Majestad miraba el reloj y después el de la iglesia para ver quizá cuál de los dos andaba más despacio de lo que él quería».

—En resumen, señora, que el Rey estaba visiblemente impaciente, porque, hay que decir la verdad, Vuestra Majestad llegó a la iglesia de San Jerónimo con treinta minutos de retraso —le decimos a la Reina.

—¡Moret fue quien se retrasó en ir a recogerme! Por eso llegué yo tarde. El nerviosismo del Rey es



LA REINA MAS GUAPA DE EUROPA

muy explicable, porque había recibido ya un anónimo con la fotografía de Morral diciendo que iban a tratar de evitar que esa boda tuviese lugar, o matándome a mí o a él. ¿Comprendes?... Por eso estaba aterrado cuando vio que yo me retrasaba en llegar y por eso llamaba al Grande de servicio, que era Benalúa, para ver si llegaba mi coche.

—Ignoraba que el Rey hubiese recibido un anónimo con la fotografía de Morral.

Doña Victoria, en tono confidencial, agrega:

—La Reina Cristina también recibió el mismo anónimo.

—¡Es curioso, señora!... ¡Ningún biógrafo da cuenta de este detalle!

—Pues es cierto. Entonces, antes de salir de palacio, el Rey le dijo a su madre: «Proteja a mi novia». La Reina le contestó: «Te lo prometo».

Se queda un momento en silencio la Reina, pensativa. Luego agrega:

—¡Horrible!... ¡Fue horrible!...

LA princesa Victoria Eugenia entra bajo palio y da su mano izquierda a la Reina doña María Cristina; a la derecha va su madre, la princesa doña Beatriz.

La admiración de todas las personalidades que ocupan la iglesia, no obstante la santidad del lugar, se manifiesta con un largo murmullo. La Historia de España no ha contemplado una Reina de belleza más admirable. El blanco de su traje bordado en plata, salpicado de azucenas y azahares; la corona y el collar, de gruesos brillantes, enmarcan sus ojos de un azul claro sorprendente.

También causa admiración la majestad de la Reina Cristina, vestida con traje color malva claro con encajes y manto del mismo color, llevando importantes joyas. Y la princesa Beatriz, de gris oscuro y encajes.

La novia y el Rey suben al altar, y con ellos los padrinos: Su Majestad la Reina Cristina y S. A. R. el infante don Carlos.

La princesa Beatriz se queda en su puesto, entre el cortejo de los príncipes.

El cardenal Sancha, revestido de pontifical, da comienzo a la ceremonia. Una vez cumplidos los requisitos de ritual y hechas las mutuas promesas, el Rey se levanta y va a besar la mano a su madre, pero la Reina Cristina le estrecha en un abrazo.

La ya Reina de España desciende del presbiterio y va a buscar a su madre en la fila de los príncipes. Primero la hace una graciosa reverencia, y después de besarle la mano, madre e hija se abrazan también efusivamente.

Durante la Misa de velación el Orfeón de Pamplona canta el «Tota pluchra», de Guilleman, y el «O salutis», de Lauret de Rilli.

Termina la Misa. Los Reyes pasan al trono. Ciento cincuenta ejecutantes, entre cantantes y músicos, interpretan el gran «Tédéum» del maestro Mateos.

Sonríen los jóvenes Reyes, de pie en el trono; suena el órgano, las voces de la capilla llenan las bóvedas, los instrumentos de la orquesta acentúan la emoción de la ceremonia.

Los Reyes y los príncipes entran después en el claustro, donde se firma el acta matrimonial. Vuélvase al templo, donde príncipes e infantes desfilan ante el trono para saludar a los Reyes, a la Reina Cristina y al Cuerpo Diplomático.

EL cuadro de la ceremonia ha resultado de una brillantez deslumbrante.

La comitiva regresa a palacio entre vítores y aclamaciones. Dos Reyes jóvenes, sonrientes, pasean en carroza por las calles de un Madrid alegre y entrañable.

La perla «Peregrina», que ha influido en el destino de varios Reyes de España desde el siglo XVI, tiene nuevamente dueña.

MARINO GOMEZ-SANTOS
Especial para MC

Próximo y último capítulo:
**EL ATENTADO DE
LA CALLE MAYOR**



Una de las primeras fotos de doña Victoria, Reina de España.